

Peregrinos medievales

Adeline Rucquoi

«**N**ADA más conmovedor que ver a esos pobres cruzados herrar sus bueyes como si fueran caballos, engancharlos a un carruaje de dos ruedas encima del cual colocaban su pobre equipaje y sus hijos pequeños. Ellos, con las manos tendidas hacia todos los castillos, hacia todas las ciudades que divisaban en el camino, preguntaban si no era eso la Jerusalén hacia la cual se dirigen» (1).

(1) Guibert de Nogent, III, 2.

ESTA silueta del peregrino que lo ha abandonado todo, su país, a veces su familia o sus bienes, para encaminarse hacia alguno de los grandes santuarios venerados en la Edad Media, es una figura tan típica como la del caballero con su armadura o la del pobre campesino acosado por la miseria. Aunque la peregrinación y el peregrino hayan sobrevivido al Medievo, fue ésta, sin embargo, la época de su mayor auge, y el caminante que, descalzo, llevando a hombros su bordón y su hatillo, se dirige por montes, ríos, valles y mares a Roma, Jerusalén o Santiago de Compostela, es, para nosotros, el contemporáneo de Carlomagno, de Alfonso el Sabio o de Ricardo Corazón de León.

De hecho, los peregrinos tuvieron en la Edad Media tal importancia que muy rápidamente se beneficiaron de un status especial, de una cierta protección por parte de las «autoridades», y, al principio, de una gran popularidad. Estos privilegios hicieron que se fueran multiplicando los peregrinos a medida que pasaban los siglos, y que este crecimiento cuantitativo no se acompañara siempre de una mejora cualitativa. Al final del Medievo, el peregrino aparece en los documentos como asimilado a los «vagos y maleantes». Su suerte ha sido paralela a la de los pobres: en su principio, «ejemplos» o «hijos predilectos de Dios», se convierten finalmente en «criminales», «vagabundos» y «peligrosos».

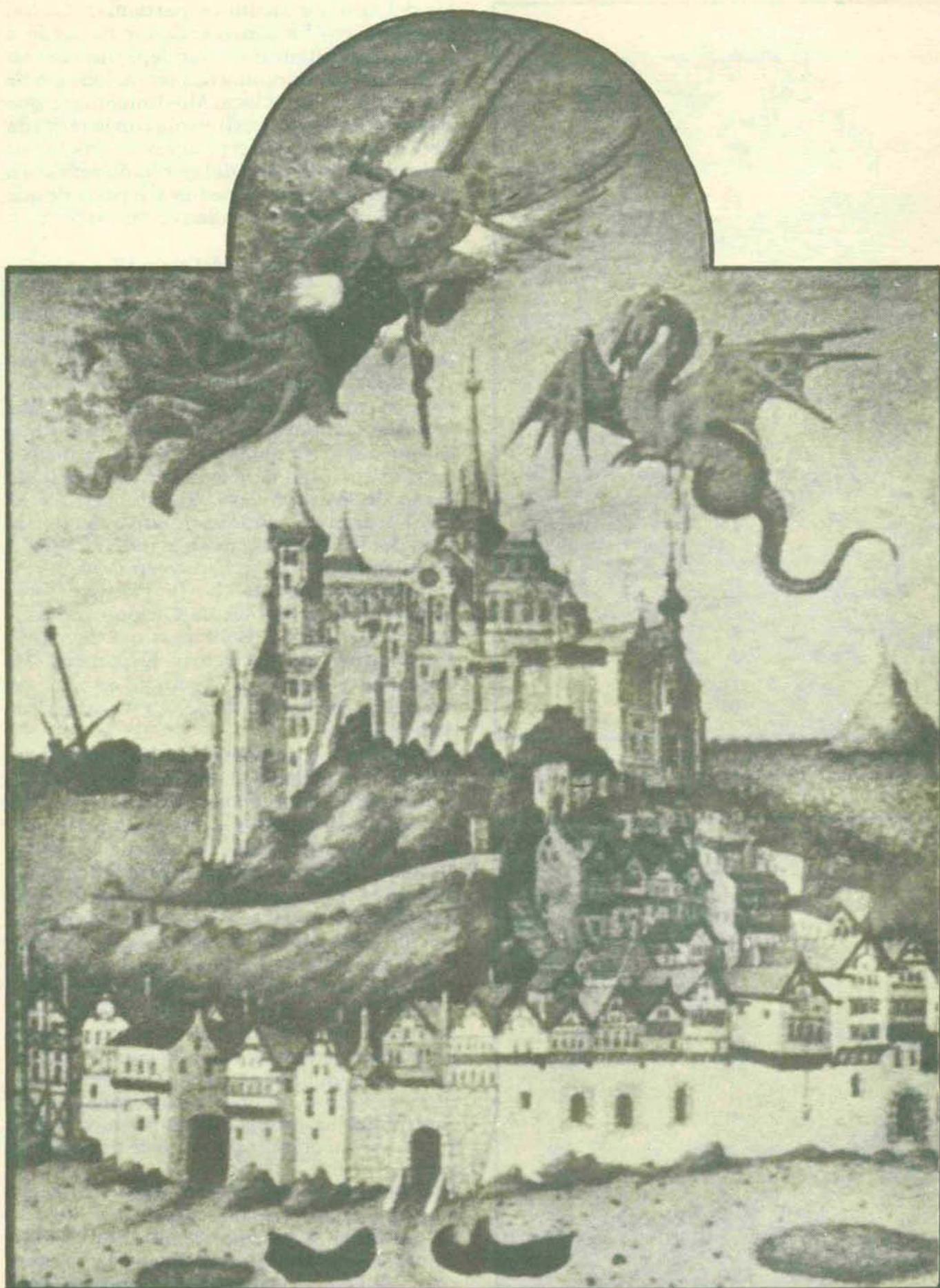
Son extremadamente diversos los peregrinos que desde los primeros siglos del cristianismo recorren las rutas y los caminos del mundo. No existe un «tipo» de peregrino. No todos van al mismo santuario. No todos obe-

decen a las mismas motivaciones o persiguen el mismo objetivo. No todos son pobres o ricos, proceden del campo o de las ciudades, etc. En cambio, se puede decir que los peregrinos constituyen un mundo, con la diversificación y la complejidad que encubre este término y en pleno acuerdo con la concepción medieval del universo «múltiple y desordenado» de donde sale el «Orden» divino.

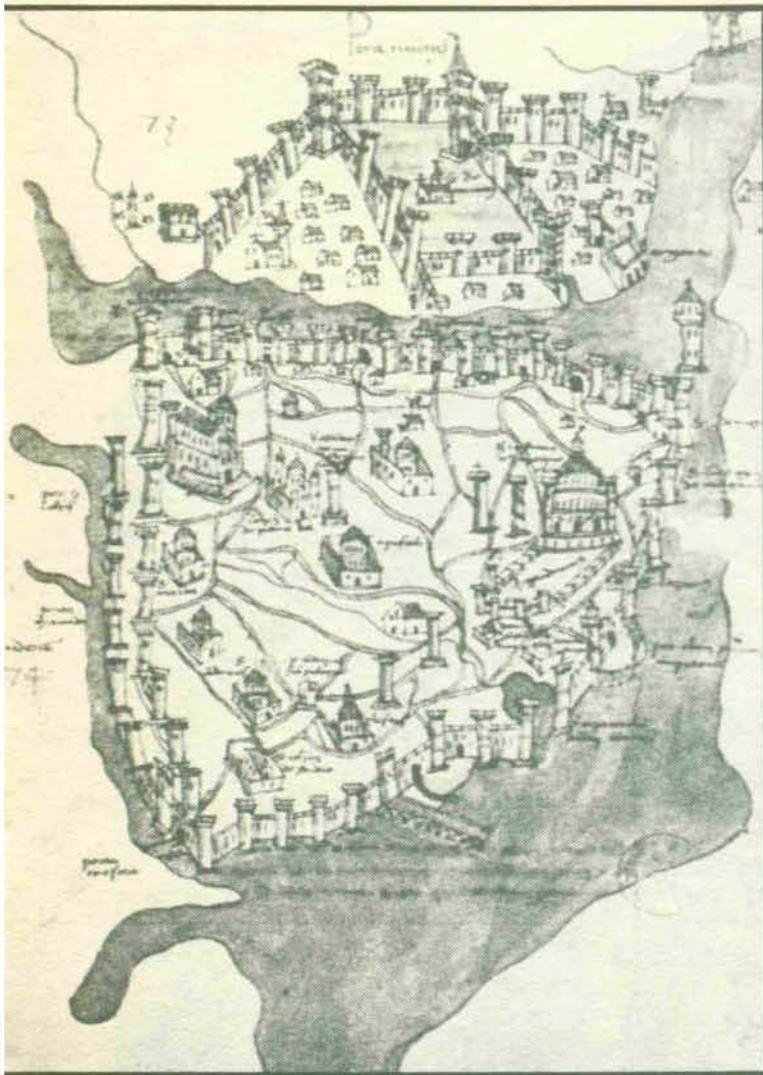
La diversidad se manifiesta en primer lugar a nivel de las motivaciones que empujan a un individuo a hacerse peregrino.

El primer motivo, a la vez el más conocido y casi «el motivo» por antonomasia, será la fe, la devoción, el deseo de vivir mejor la religión que anima al cristiano a abandonarlo todo para marcharse. Según la etimología misma de la palabra, «peregrinus» significa «extranjero», y «peregrinatio»: «viaje o estancia en el extranjero», «viaje largo». El peregrino es, pues, el viajante, el que camina y que camina lejos. Esa primitiva concepción de la palabra «peregrino», según el ideal de la Iglesia antigua y luego medieval, es aplicable a cualquier cristiano: si Cristo dijo «Mi reino no es de este mundo», el cristiano en la tierra es un eterno extranjero, un viajero que sólo transita, esperando llegar finalmente a la tierra prometida, al llamado «paraíso». Y toda la vida humana no es más que un largo viaje, un exilio. Pero los cristianos no se quedaron ahí, sino que intentaron hacer más visible esa «peregrinatio».

En los últimos siglos de lo que está convenido llamar «Edad Antigua», o sea entre los siglos III y V, tuvo lugar un importante movimiento eremítico hacia los desiertos,



El culto a San Miguel se desarrolló tempranamente en Occidente; al finalizar la Edad Media, en los siglos XIV y XV, el Mont Saint Michel en Normandía era un centro de peregrinación para niños que acudían al santuario en grupos más o menos numerosos.



Constantinopla fue durante mucho tiempo una etapa casi obligatoria en el viaje a la Tierra Santa. Este plano de la ciudad aparece en una «guía» de 1420.



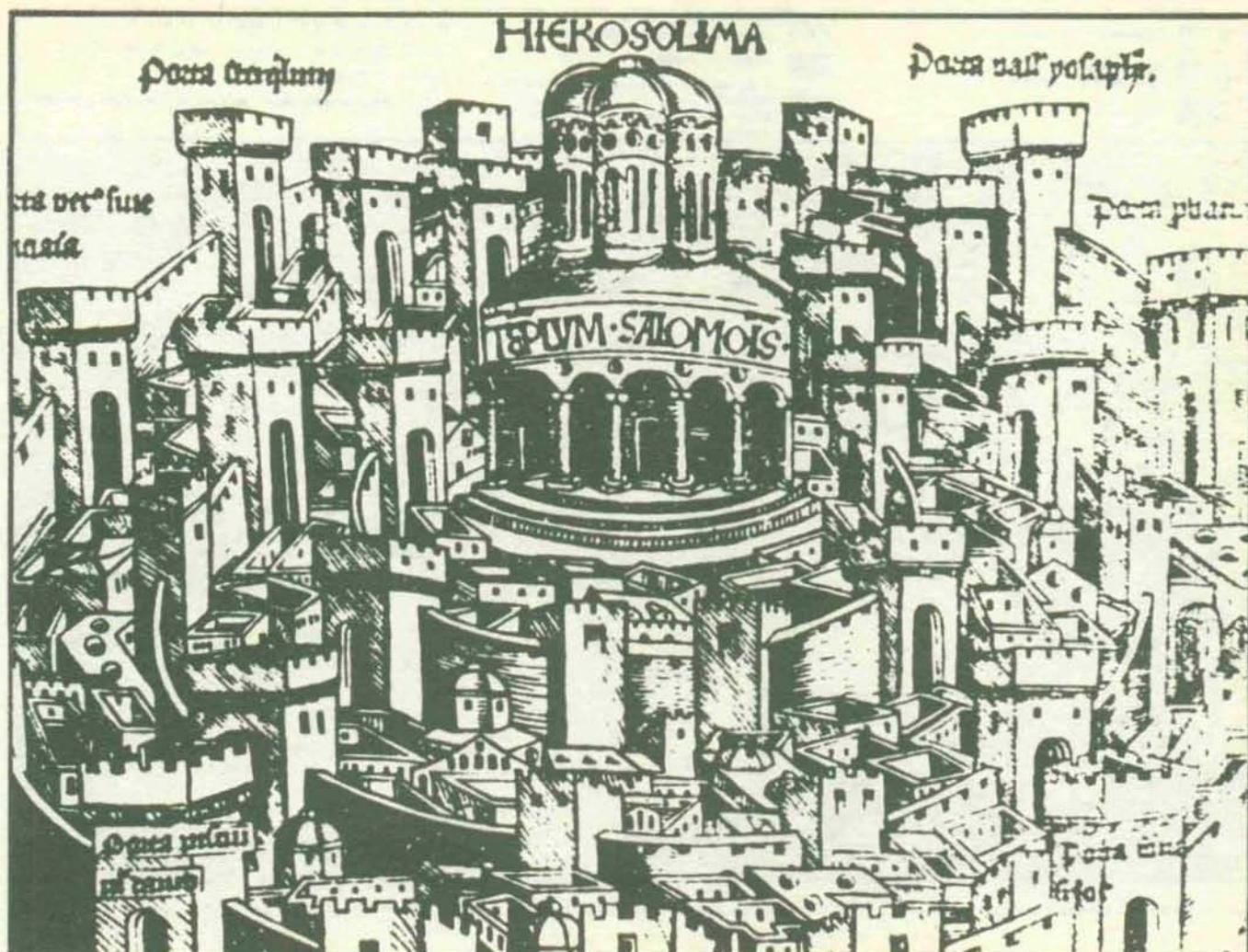
Francisco de Asís figura entre los peregrinos a Santiago de Compostela, santuario al que acudió en 1218.

los del Oriente Medio en particular. La hagiografía nos ha conservado ese recuerdo a través de las figuras de San Jerónimo con su león, de San Antonio y sus tentaciones, o de Santa María Egipciaca. Movimiento ese que conviene comparar asimismo con la retirada de Cristo en el desierto antes de iniciar su vida pública. El ideal del ermitaño persistirá a lo largo de la época medieval a pesar de que la religión se hiciera cada vez más «social» y menos individual.

En Occidente, a partir del siglo VI, se añadió a dicho movimiento un deseo misionero: el cristiano dejaba su pueblo, su casa, su familia, ya no únicamente para retirarse y meditar, sino para ir a convertir a los no-cristianos y ganar de esa forma el cielo, tanto para sí mismo como para los otros. Esa orientación nueva se aproxima más al ideal de «mártir», ya que numerosos misioneros corrían el riesgo de encontrar la muerte de mano de los «infeles». Sin embargo, si el ideal eremítico, aunque relativamente extendido, fue siempre un ideal individualista, las misiones se convirtieron rápidamente en empresas colectivas: basta recordar brevemente las campañas de Carlomagno contra los Germanos, Bohemios o Eslavos, la Reconquista de los reinos hispánicos, las Cruzadas, y, más tarde, fuera ya de la época medieval, la «cristianización» de América, Asia o África.

Sobrevivió, no obstante, el ideal individualista del peregrino que, movido por la sola fe y deseando adquirir méritos con vista a su salvación, se lanzaba a los caminos y emprendía su ruta hacia el santuario de su elección. A partir de los siglos XII-XIII se difundió en la mentalidad cristiana el ideal de pobreza —ideal que no debe confundirse con la realidad de la pobreza...—, simbolizado por la frase «Nudus nudum Christum sequere», desnudo seguir a Cristo desnudo. En este caso, lo mejor era naturalmente dejarlo todo para ir a la Tierra Santa y seguir las huellas de Cristo, pisando la tierra que él había pisado. El ir a Roma podía ser un sustitutivo valioso, ya que en esta ciudad se encontraban las tumbas de San Pedro y San Pablo y vivía el representante de Cristo en la tierra.

Ese tipo de peregrinación, a partir ya del siglo XI, y más precisamente del XII, dejó de ser totalmente «desinteresado» con la difusión y el auge de las indulgencias. Las primeras indulgencias aparecieron con las cruzadas como medio para atraer a los cristianos: a cambio de su participación en la



Jerusalén fue, para los peregrinos, la meta más anhelada. Tras su conquista por los ejércitos cristianos y aun después de su pérdida, los peregrinos realizaban verdaderos «tours» de la Tierra Santa, con horario preciso y visitas guiadas.

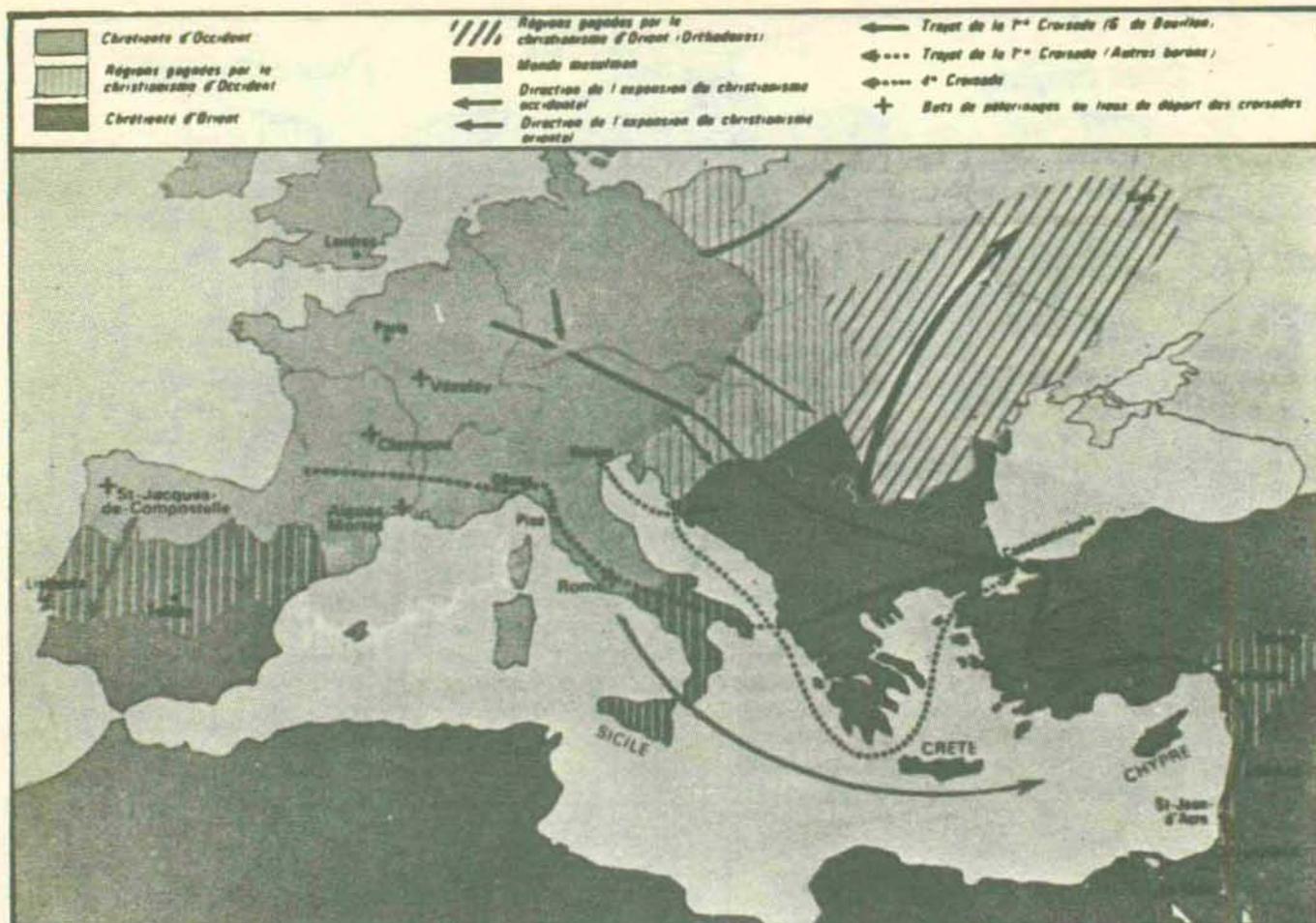
empresa bélica se les prometía una «rebaja de condena» a cuenta del futuro post-mortem. La noción de indulgencia en el sentido de «rebaja de condena» —o de «indulto» cuando se trata de indulgencia plenaria— debe ser igualmente relacionada con la aparición dentro del panorama teológico del «purgatorio»: a la visión dualista Paraíso-Infierno que había marcado diez siglos de vida cristiana sucedió la ternaria Paraíso-Purgatorio/Infierno. Todo «pecado» tenía todavía reparación después de la muerte en el purgatorio, y esa misma reparación se podía rebajar o cumplir previamente por la adquisición de indulgencias. A partir del siglo XIII éstas se multiplicaron y los peregrinos tuvieron la posibilidad de acumular días, meses y años de perdón a cobrar de un purgatorio intemporal.

El movimiento culminó con la proclamación, en el año 1300, por el papa Bonifacio VIII, del primer jubileo romano: todo cristiano que realizaba una peregrinación a Roma el año del jubileo —cada 25 años más o menos— se beneficiaba de una indulgencia

plenaria. Reservado en principio a la sede papal, el jubileo fue concedido luego a otros centros de peregrinación, que consiguieron atraer así regularmente a la masa de los peregrinos.

Al peregrinaje originado por la fe y la devoción conviene añadir la promesa o el voto de peregrinación, una especie de contrato entre el cristiano y el cielo en general o un santo en particular: a cambio de algún acontecimiento —una curación, el nacimiento de un hijo, la vuelta de algún ser querido, alguna protección especial—, el contrayente se compromete a efectuar una peregrinación a un santuario preciso, generalmente el del santo invocado, y, si hace falta, encargar allí una serie de misas o visitar un cierto número de iglesias. El voto, por supuesto, sólo se cumple cuando la parte contraria también ha cumplido con lo suyo.

Otros peregrinos acuden al santuario para encontrar allí la curación de sus enfermedades corporales o mentales. Cada santuario regional o nacional pudo así reunir en un libro una recopilación de milagros rea-



En los caminos de peregrinación se encontraban a veces mezclados ricos y pobres, aunque los primeros solían viajar con una montura.

lizados por el patrono de dicha iglesia o abadía. Un estudio minucioso de esas recopilaciones no sólo proporciona informaciones y datos sobre las múltiples enfermedades consideradas incurables que achacaban a los hombres del Medievo, sino también sobre la procedencia, a veces lejana, de los enfermos. Es conocida la odisea de dos paralíticos que, en el siglo XI, saliendo del sur de Italia, recorrieron toda Italia y Francia, yendo de santuario en santuario, para encontrar al final la curación en Rouen, en la iglesia de Saint-Ouen.

Los peregrinos enfermos suelen viajar juntos, a veces acompañados por familiares sanos o peregrinos que les ayuden. Las siluetas del ciego y el paralítico que se prestan mutuamente ayuda en su camino son muy características y han pasado a la literatura y a la iconografía. Poco a poco fue apareciendo una «especialización» de ciertos santos y, por lo tanto, de santuarios, en ciertas enfermedades; pero la especialización de San Roque en los casos de peste o San Lázaro en los de lepra, por ejemplo, sólo es notable al final de la época que tratamos, hacia los siglos XIV y XV.

Las peregrinaciones de enfermos se dirigen generalmente hacia centros locales o regionales, casi nunca a Jerusalén, Roma o Santiago. Son peregrinaciones de gentes pobres en su inmensa mayoría que, al ir de santuario en santuario en estado de enfermedad, sin trabajo ni recursos, se transforman fácilmente en errantes, mendigos, marginados.

Al lado de esas peregrinaciones existen otras, cuyos orígenes o motivos son muy diferentes. Es el caso de las peregrinaciones impuestas como penitencia, o sea: la peregrinación-castigo. La peregrinación expiatoria aparece ya en el siglo VI, originaria de las regiones celtas y anglosajonas, en los primeros «Penitenciales». A la penitencia de la época antigua, que era siempre pública, solemne y no renovable, sucede la penitencia tarifada y renovable; a cada falta, a cada pecado, corresponde una penitencia particular: multa pecuniaria, ayunos, limosnas, y exilio más o menos largo que se irán transformando en peregrinación hacia ciertos centros, según la gravedad de la culpa. A partir del siglo XI aparecerá la penitencia privada, que es la que existe todavía en la Iglesia católica, y la peregrinación penitencial desempeñará el

papel de penitencia pública. A su vez, hacia finales del siglo XIII, la flagelación durante las procesiones tiende a sustituir a la peregrinación como penitencia pública.

El cristiano condenado por los tribunales eclesiásticos —o sea, la Inquisición a partir de su creación en el siglo XIII—, cuya sentencia era confirmada y ejecutada por la jurisdicción civil, se veía imponer una peregrinación a un santuario más o menos alejado de su lugar de residencia. En el Alto Medioevo —entre los siglos VI y XI aproximadamente— el exilio expiatorio fue reservado a grandes personajes —como «ejemplo» para el pueblo cristiano y muestra a la vez de la «superioridad» del poder espiritual sobre el temporal—, o bien a crímenes extremos —según el criterio de la época—: asesinato de parientes cercanos, parricidio, robo de bienes eclesiásticos y «crímenes sexuales» (sodomía, onanismo, incesto —abarca los casos de consanguinidad hasta el 7.º grado—, bestialidad). Pero, poco a poco, la peregrinación penitencial perdió su carácter excepcional y se fue extendiendo a delitos más diversos y, diremos, corrientes. En primer lugar están los delitos contra la religión: blasfemia, brujería, herejías; el tribunal de la Inquisición impuso en esos casos el porte de una cruz amarilla de fieltro en el hábito del peregrino. Inmediatamente detrás vienen los delitos contra la propiedad, las falsificaciones y los

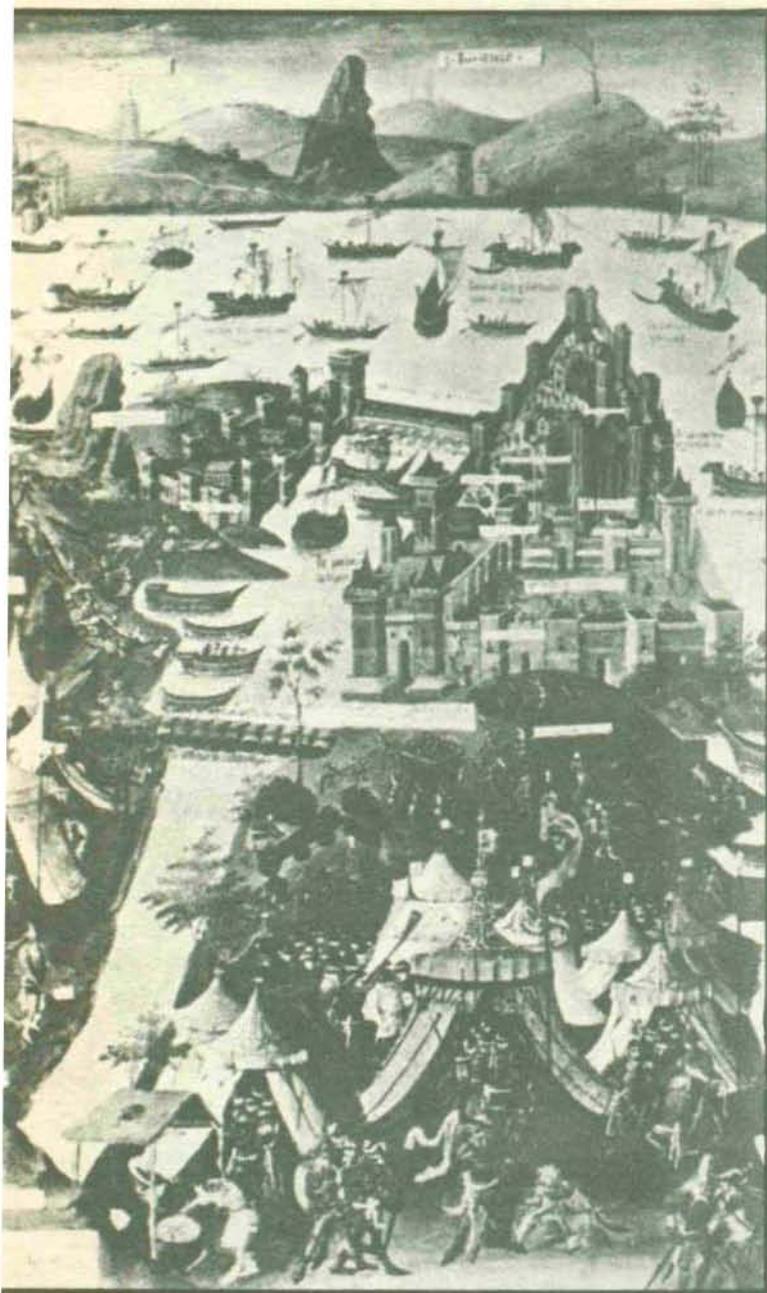


El culto a los santos taumaturgos con vistas a una curación se especializó en los siglos XIII y XIV, pero los enfermos, impedidos, paralíticos o locos visitaban generalmente más de un santuario.

ataques al orden público: la condena a peregrinación permitió así a numerosas comunidades deshacerse de los elementos ociosos o molestos. Finalmente la tercera categoría de delitos así castigados son los cometidos contra las personas: homicidios, heridas, adulterio, raptos e incluso injurias o calumnias. Claro está que, al multiplicarse de



Tras un viaje más o menos largo, y antes de alcanzar el final de la peregrinación, los caminantes se desvestían y lavaban enteramente.



El sitio y la toma de Constantinopla por los turcos en 1453 cortó la ruta hacia la Tierra Santa y el Oriente, tanto a los peregrinos como a los comerciantes.

esa forma, la peregrinación expiatoria perdió no sólo su contenido original, sino también su valor formal. Rápidamente se impuso la práctica del rescate: el condenado tuvo la posibilidad de rescatar su castigo según un baremo que variaba en función de la importancia del delito y de la distancia de peregrinación impuesta. Resultó así muy provechoso para la hacienda comunal, real o señorial el condenar a peregrinaciones rescatables a cambio de una cantidad metálica.

Otros motivos, algo menos «desprendidos», provocaban el inicio de la peregrinación: motivos en parte o únicamente económicos. En particular a este respecto, conviene destacar el problema de las reliquias, cuyo culto fomentó un intensísimo tráfico de ellas durante la Edad Media. Baste recordar el número de relicarios más o menos adornados que existen en los tesoros de museos e iglesias, y la variedad de reliquias que contienen —huesos, pelos, uñas, ropas, carne momificada o embalsamada, etc.— para darse cuenta de la importancia que tuvo.

El culto a las reliquias —literalmente: a los restos o residuos— de los que eran considerados como santos, apareció en el siglo IV de la Iglesia romana. La fragmentación de los cuerpos y demás reliquias empezó tempranamente en Oriente, pero se difundió igualmente en Occidente a raíz de los desórdenes consecutivos a las invasiones bárbaras o islámicas. A pesar de las repetidas prohibiciones, las reliquias se convirtieron en objeto de tráfico comercial. Hasta el siglo XI, el principal «productor» fue Roma, cuyas catacumbas demostraron ser una especie de mina inagotable.

A partir del inicio de las cruzadas —que se desarrollaron conjuntamente con las empre-



Pedro el Ermitaño predicó al final del siglo XI una cruzada a los caballeros y a los pobres. Estos últimos fueron diezmados en el camino hacia Jerusalén por los turcos en 1096.



Las primeras peregrinaciones a la Tierra Santa, que no iban acompañadas por un ejército, nunca alcanzaron su meta.

sas comerciales de las mayores ciudades del Mediterráneo occidental— las reliquias de procedencia oriental tomaron el relevo. Con el aumento de la demanda creció el tráfico, y se llegó a considerar como investidos del mismo poder mágico a todos los objetos que habían tocado el cuerpo del santo. Numerosos peregrinos emprendieron, pues, la ruta hacia Jerusalén, Roma o Santiago de Compostela, con la esperanza de portar al regreso leche de la Virgen, sangre o aceites de santos, o, por qué no, algún trozo de la verdadera Cruz, el dedo de un mártir, cuando no la corona de espinas para la cual Luis IX de Francia (San Luis) hizo edificar la Santa Capilla.

Muy a menudo, por otra parte, la acumulación de reliquias en una iglesia la convertía a su vez en santuario de peregrinación, más específicamente para los enfermos atraídos por el poder taumátúrgico de aquéllas.

Ciertos santuarios de peregrinación tuvieron un carácter marcadamente político y casi «nacionalista». Carácter político, en efecto, tuvieron en primer lugar las Cruzadas, cuyo éxito en Oriente Medio facilitó la extensión de las redes comerciales occidentales. Carácter nacional tuvo la promoción de ciertos santos como patronos y protectores de un país determinado: el caso más famoso es el

de Santiago el Mayor, convertido en Santiago Matamoros en España; pero se pueden mencionar, asimismo, San Denis en Francia, San Miguel en Italia o Inglaterra, o los Reyes Magos, protectores y a la vez justificadores del Imperio Germánico. Las peregrinaciones a los santuarios de estos santos «públicos» y la acumulación de reliquias que les hayan pertenecido, al responder a una motivación política, fueron realizadas casi exclusivamente por los poderosos, sin intervención, o con poca, de los «pequeños».

Otro género de peregrinos se podía encontrar por los caminos: los curiosos o aventureros, para los cuales la peregrinación era pretexto a viajar, visitar ciudades y países desconocidos, encontrarse con gente extraña y hasta «exótica», probar fortuna, o alejarse momentáneamente de su lugar de residencia por motivos personales. Los denominaríamos «turistas» ahora; entonces se les llamó «vagabundos».

A pesar de lo que podría creerse, los viajes turísticos disfrazados de peregrinaciones coexistieron con éstas desde un principio. Ya en el siglo IV, San Jerónimo exclamaba que «lo laudable no es haber ido a Jerusalén, sino haber vivido bien allí» (San Jerónimo, Epístola LVIII, C 2). Y cada siglo nos trae las lamentaciones de algún cronista eclesiástico



La nobleza deseosa de aventura efectuó peregrinaciones a los Lugares Santos que eran expediciones militares y comerciales antes que religiosas.

acerca de los que se marchaban a Jerusalén, Roma o Santiago de Compostela para ver paisajes nuevos o para poder presumir ante los demás a la vuelta.

Es de suponer, sin embargo, que esos viajes —cuyo motivo confesado era la peregrinación, ya que ésta implicaba una mayor protección y una serie de ventajas para el viajero— se hicieron cada vez más frecuentes. Tarea difícil sería el definir exactamente la proporción de «deseo de aventura» que entraba en cuenta en el momento de la decisión que tomaba cualquier peregrino de salir hacia un santuario. A este respecto, numerosos peregrinos aprovecharon sus viajes y estancias para «hacer turismo», y algunos de ellos dejaron interesantísimos «diarios de viaje», entre estos una mujer, Marjorie Kempe, que hizo el viaje a Tierra Santa en 1413.

Existía finalmente una especie de peregrinos muy particular: los peregrinos por procuración. Eran los encargados de efectuar una peregrinación por cuenta de otra persona que era quien se había comprometido a tal voto. La práctica empezó cuando la promesa no había llegado a cumplirse por la muerte de su autor. Al igual, entonces, que el pago de todas las deudas contraídas en vida, éste encargaba por testamento que se cumpliera tal promesa. El heredero o cualquier otra persona podía efectuar la peregrinación mandada por el difunto. Poco a poco se generalizó la costumbre, y los peregrinajes realizados por una persona muerta llegaron a serlo también —por qué no— a cuenta de una en vida.

Al extenderse la práctica se estableció su remuneración mediante una escala que variaba según la distancia a recorrer. Nacieron

así unos «peregrinos profesionales» cuya propia inestabilidad geográfica se convirtió en su medio de vida. Para evitar, sin embargo, los abusos —que el «peregrino por procuración» no realizara el viaje, por ejemplo, y desapareciera con su salario—, el pago se dividía en dos: una mitad al marcharse y la otra mitad a la vuelta, siempre que el «apoderado» pudiera demostrar, con un «certificado», haber estado realmente en el santuario convenido.

La práctica de la sustitución —según el concepto medieval de que lo importante es la realización del voto y no tanto la persona que lo efectúa— se extendió mucho entre las capas altas y medianas de la sociedad que tenían medios económicos suficientes, y para las cuales el alejarse cierto tiempo de sus obligaciones o negocios era perjudicial, mientras añadía a la masa de los inestables, errantes, vagabundos, un nuevo tipo de «peregrino».

No todos los que emprenden camino están, pues, movidos por una fe desinteresada, y resulta a veces difícil distinguir el verdadero peregrino —según el concepto actual de la palabra— entre el conjunto de los que, en un momento u otro, llegan a las puertas de un santuario.

La ruta y el desarrollo del viaje de los peregrinos son, quizás, los aspectos mejor conocidos del tema, en particular los que se refieren a la peregrinación a Compostela.

Los peregrinos, al emprender el viaje, suelen seguir unos itinerarios ya fijados y acostumbrados, aunque, en camino, algunos se detengan más o menos tiempo en una iglesia o hagan un rodeo para visitar un santuario milagroso. Los puntos de reunión de estos viajeros particulares se encuentran en los puentes, los puertos de montaña o los hospicios que ofrecen alojamiento para la noche.

Durante su viaje, los peregrinos están bajo la protección de unas leyes específicas que se fueron elaborando entre los siglos VII y XII esencialmente. Embrión del futuro derecho internacional, éstas facilitaban el paso libre por todos los reinos cristianos, aseguraban el auxilio y la protección de los señores rurales y representantes del poder comunal o real, eximían del pago de peajes, montazgos y demás tasas, y protegían asimismo los bienes y la familia del peregrino mientras éste se hallaba lejos.

Si el viaje, para responder realmente a sus fines, debía efectuarse a pie, en la realidad

muy pocos —y generalmente los más pobres— recorrían todo el camino andando. Los viajes por tierra, a Roma o a Santiago de Compostela, suelen realizarse con montura: caballo, mula o burro. En tal caso, para marcar, sin embargo, el deseo de penitencia del peregrino, éste sale de su lugar de origen andando y, al llegar a su destino, cuando ya se divisa el objetivo final, se apea de su cabalgadura y termina el viaje a pie. Claro está que, en caso de necesidad a lo largo del camino, siempre le queda al peregrino la posibilidad de vender su medio de locomoción; en este caso, las leyes hispánicas, por ejemplo, le favorecen, ya que se puede realizar la vuelta sin que el vendedor tenga que dar fianza o fiadores, como era costumbre.

Las etapas, en el recorrido terrestre, fueron jalonadas, a partir del siglo XI, de establecimientos especializados en el alojamiento de los peregrinos. Hasta entonces sólo se encontraba hospitalidad en los monasterios —que tenían en su regla el deber de hospedar a los pobres y peregrinos— o en casas particulares, eventualidad que resultaba ser ya bastante más aleatoria. Pero, con el inmenso auge de los peregrinajes que se inicia en el siglo XI —cuyas causas son múltiples y abarcan desde una relativa paz, consecutiva al alejamiento de la amenaza de invasiones extranjeras, hasta un crecimiento demográfico inusitado que arrojó a parte de la población a la vida errante—, se fundan



Entre los «signos distintivos» de los peregrinos se encuentran la cruz, el báculo y el morral. Tales signos otorgaban al que los llevaba una serie de privilegios y salvoconductos.



Las cruzadas decayeron mucho en el siglo XIII y el rey de Francia Luis IX muere de peste en Túnez durante la VIII cruzada sin haber conseguido recuperar el reino de Jerusalén, conquistado por los turcos a finales del siglo XII.

órdenes religiosas dedicadas especialmente a la protección y ayuda a los peregrinos. En España, la más famosa de ellas es la Orden de Santiago de la Espada Roja, cuya sede se encontraba en San Marcos de León. Pero igualmente conocida es la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén, cuya advocación misma indica la vocación hospitalaria. Más tarde, hacia los siglos XIV-XV, las ciudades tomaron el relevo y los ciudadanos fundan hospitales y hospicios para los pobres, peregrinos y viajeros, a las puertas de las villas. Recordemos que los hospitales para peregrinos solían tener un mínimo de dos salas, separadas: una para hombres, otra para mujeres; excepto en caso de enfermedad, no se daba cobijo más que para una noche. Los peregrinos recibían gratuitamente la comida por la noche: en Montserrat, por ejemplo, se componía de pan, vino, queso y sal, mientras que el hospital de San Miguel de Pamplona entregaba un plato de legumbres o de carne y una ración de pan. Paralelamente a ésta, se fue desarrollando la hospitalidad remunerada, los albergues, que, según el cronista Giovanni Rucellai, eran 1.022 en la Roma del siglo XV.

Para visitar ciertos lugares de peregrinación era necesario coger un barco. Tal es el caso de las peregrinaciones a Jerusalén y demás lugares de la Tierra Santa; pero también del viaje a Santiago de Compostela desde Flandes (a veces), o Inglaterra. En el Mediterráneo, desde los primeros tiempos, los viajeros salen del puerto de Bari en el sur de Italia. Hacia el siglo XIII le fue sustituyendo Marsella, de acceso más fácil y que se especializó rápidamente en el transporte de peregrinos por mar. A partir del siglo XIV se destaca Venecia, que consigue un casi monopolio en ese tipo de navegación. Durante el

viaje, los peregrinos recibían alimentos, excepto en las escalas; se entretenían, a lo largo de las seis semanas o más que duraba, viendo las maniobras, haciendo música o jugando a los dados o a las cartas. Las galeras de transporte podían acoger a varios centenares de pasajeros que disponían del espacio mínimo. Una idea, sin embargo, de la importancia de los viajes a Jerusalén nos la da el hecho de que en Venecia se llegó a crear un servicio regular de galeras con dos salidas al año, una después de Pascua, la otra después de la Ascensión.

Por tierra o por mar, el peregrino llega al santuario. Una vez allí, la costumbre consiste en pasar la noche en el interior de la iglesia. Allí mismo se quedan los peregrinos, sea para cumplir su voto; sea para la tradicional novena, sea también hasta que sobrevenga la curación esperada. Durante esas vigilias algunos duermen, esperando quizás que el santo implorado les visite en sueños; los mendigos piden limosna; unos rezan, leen salterios, cantan, tocan instrumentos de música o hablan entre sí; los enfermos se quejan; los posesos y dementes, a veces encadenados a las columnas, gritan o vociferan...

Durante su estancia, que puede ser breve —una o dos semanas— o ilimitada —con el deseo confesado o secreto de morir y ser enterrado en el santuario mismo—, el peregrino, tras dejar su ofrenda y quizás un ex-voto, tiene que acercarse a la tumba o al sepulcro y tocarlo con sus manos; de ser posible, incluso frotará algún trozo de tela o medalla contra la tumba, especie que conservará luego como reliquia. Tras varios días de oraciones y purificaciones, se podía también siempre esperar ver algún que otro milagro.

El viajero, finalmente, cogía el camino de vuelta, llevándose alguna «reliquia» o una «insignia». Al llegar a su lugar de origen, y según el santuario visitado, el antiguo peregrino solía entrar en una cofradía que agrupaba a todos los que habían hecho el mismo viaje, cofradías teóricamente abiertas a todos, pero en realidad compuestas esencialmente de burgueses. También a veces este peregrino no tardaba en emprender camino hacia otro lugar santo.

Los lugares de peregrinaje fueron múltiples y variados a lo largo de la Edad Media, si

Otro cruzado famoso, Ricardo Corazón de León, que aparece aquí venciendo al sultán Saladino en un verdadero torneo caballeresco, tuvo que pagar un fuerte rescate a los turcos para volver a Occidente.

bien destacan tres ciudades por su importancia, tanto a nivel de su significación religiosa como por la gran afluencia de peregrinos que registraron. Según que se dirigieran hacia una u otra de esas ciudades, los caminantes recibían una apelación particular. Eran «palmeros» si su destino era Jerusalén, «romeros» si iban a Roma y «peregrinos» cuando se encaminaban hacia Santiago de Compostela. El autor de la Guía del Peregrino de Santiago de Compostela señala asimismo que existen «en el mundo» tres grandes hospicios para ayuda de los «pobres de Dios»: el hospital de Jerusalén, el del Mont-Joux —en el puerto alpino del Gran San Bernardo— y el de Santa Cristina en el puertp pirenaico del Somport.

Primer santuario de la Cristiandad medieval por su significación y su simbolismo, Jerusalén fue visitada por miles y miles de peregrinos a partir del Edicto de Constantino del 313, que hizo del cristianismo la religión única, oficial y obligatoria del Imperio Romano. A pesar de las numerosas vicisitudes que sufrió la Tierra Santa de mano de los árabes y luego de los turcos, la ciudad bendita no dejó nunca de ser el objetivo soñado por los cristianos occidentales. Escribe San Jerónimo: «Se llega a ella desde todas las partes del universo, la ciudad está llenada por todas las razas humanas».

El primer «Itinerario» o «Guía» de viaje a la Tierra Santa está fechado en el 333. Y desde el siglo IV también, peregrinos han dejado diarios de viaje; el primero de ellos se debe sin duda a una desconocida monja española, de nombre Egeria.

Es, sin embargo, durante el siglo XI cuando la peregrinación a Jerusalén llega a su punto culminante, algunos cristianos realizando incluso varias veces el viaje. Eso puede explicar, tras la toma de Jerusalén por los turcos en 1071, el inmenso éxito que encontró el llamamiento del papa Urbano II a la Cruzada. Para defender el Santo Sepulcro y la ciudad sagrada, de Occidente salieron no



sólo ejércitos «profesionales» de caballeros y demás gentes de guerra, sino también pobres peregrinos alentados por la predicación de Pedro el Ermitaño, y hasta niños. Tras la efímera vida del reino cristiano de Jerusalén, decreció el espíritu de cruzada, pero los peregrinos siguieron afluyendo a la Tierra Santa, atraídos quizás por las indulgencias especiales, numerosas veces plenarias, de ciertos lugares. En un itinerario del siglo XIV, redactado en latín y cuyo manuscrito se encuentra en la Biblioteca Colombina de Sevilla, aparecen con una cruz los lugares de indulgencia plenaria y sin ella los de indulgencia de siete años y siete cuarentenas:

«Item notandum est quod ubicumque est posita † ibi est indulgentia plenaria, scilicet a culpa et a pena omnibus vere penitentibus et confessis; ibi vero non est † ibi est indulgentia VII annorum et VII quarentenarum et X dies.

Item primo †† in introitu civitatis sancte Ierusalen.

Item in introitu ecclesie sancti Sepulcri est locus ubi Christus fuit unctus quando fuit depositus de cruce per Nicodemum et Ioseph ab Arimathia †.

Item in Monte Calvario ubi Christus fuit crucifixus †.

Item Sepulcrum Domini nostri Iesu Christi †...».

En otro itinerario para peregrinos, conservado igualmente en Sevilla, escrito en 1457, viene indicada la ruta que se debe seguir, a la manera de cualquier guía turística actual.

A la Tierra Santa se solía llegar por vía marítima después de que los turcos cortasen el camino terrestre. A la llegada a Jerusalén los peregrinos eran acogidos y protegidos por los cónsules italianos allí establecidos, y recibían alojamiento en el Hospital General de los Peregrinos. Algunos se quedaban en la ciudad recorriendo las calles y casas según el itinerario de Cristo; otros se dedicaban además a seguir los pasos del Señor por el país,

visitando Nazareth, el lago de Tiberíades, el Jordán o Belén. De Tierra Santa volvían los «palmeros» con palmas, agua del Jordán o «leche de la Virgen» —posiblemente tiza diluida en agua.

La peregrinación a Jerusalén ofrecía, sin embargo, en particular durante el Alto Medioevo, una serie de dificultades y peligros que hacían de ella un viaje excepcional. Por esta razón, Roma fue uno de los principales objetivos de una gran mayoría de peregrinos que, entre los siglos V y X, fue a venerar no sólo la única tumba conocida de un apóstol, sino también la de San Pablo, doctor, padre y primer teólogo de la Iglesia. Otra ventaja que ofrecía Roma era la multitud de catacumbas en las cuales se podían honrar los restos de los santos mártires —generalmente desconocidos, pero dotados por los peregrinos de los mismos poderes religioso-mágicos—, y, con un poco de suerte, conseguir alguna estimadísima reliquia humana. Tras el Edicto de 313 se edificaron numerosas basílicas (San Pedro, San Pablo, San Lorenzo, Santa Inés, etc.), a las cuales fueron a parar cantidades de reliquias de las catacumbas.

Al igual que su «colega» peregrino a Jerusalén, el «romero» dispuso rápidamente de una guía, la «Notitia ecclesiarum urbis Romae» de principios del siglo VII, seguida luego por otras numerosas «Mirabilia urbis Romae», que le permitían orientarse en medio de la villa y los monumentos romanos.

«Todos los caminos llevan a Roma»: la peregrinación se hacía por vía terrestre, y los peregrinos, llegados de todas las partes de la Cristiandad, se reunían para cruzar los Alpes en unos puntos precisos, generalmente provistos—desde muy temprano—de refugios y hospitales. Los puertos eran, por la parte occidental, el Gran San Bernardo y el Monte-Cenis, y por la parte oriental el Brenner y el San Gothard (abierto en el siglo XIII). En Roma no existía como en Jerusalén un hospital general destinado a acoger peregrinos, sino que éstos se repartían por nacionalidades en las diversas «scholae» de la ciudad, cuya existencia está comprobada desde el siglo XI. A Roma acudían de todas las razas y de todos orígenes sociales; numerosos «romeros» hacían igualmente varias veces el viaje, y se mencionan las 18 peregrinaciones a Roma que efectuó el bienaventurado Facio de Cremona en el siglo XIII —hizo otras tantas a Santiago de Compostela...

A partir del siglo XI, con el desarrollo de las peregrinaciones a Jerusalén y a Santiago en



Galicia, decreció la importancia de Roma. En esto seguramente se debe encontrar el origen de la proclamación del Jubileo en 1300, completado por indulgencias plenas y especiales. En efecto, en los siglos XIV y XV, sólo se denota una cierta afluencia de peregrinos los años de jubileo. La decadencia fue además acelerada por el cisma y el abandono, por el papado, de la ciudad eterna durante casi un siglo.

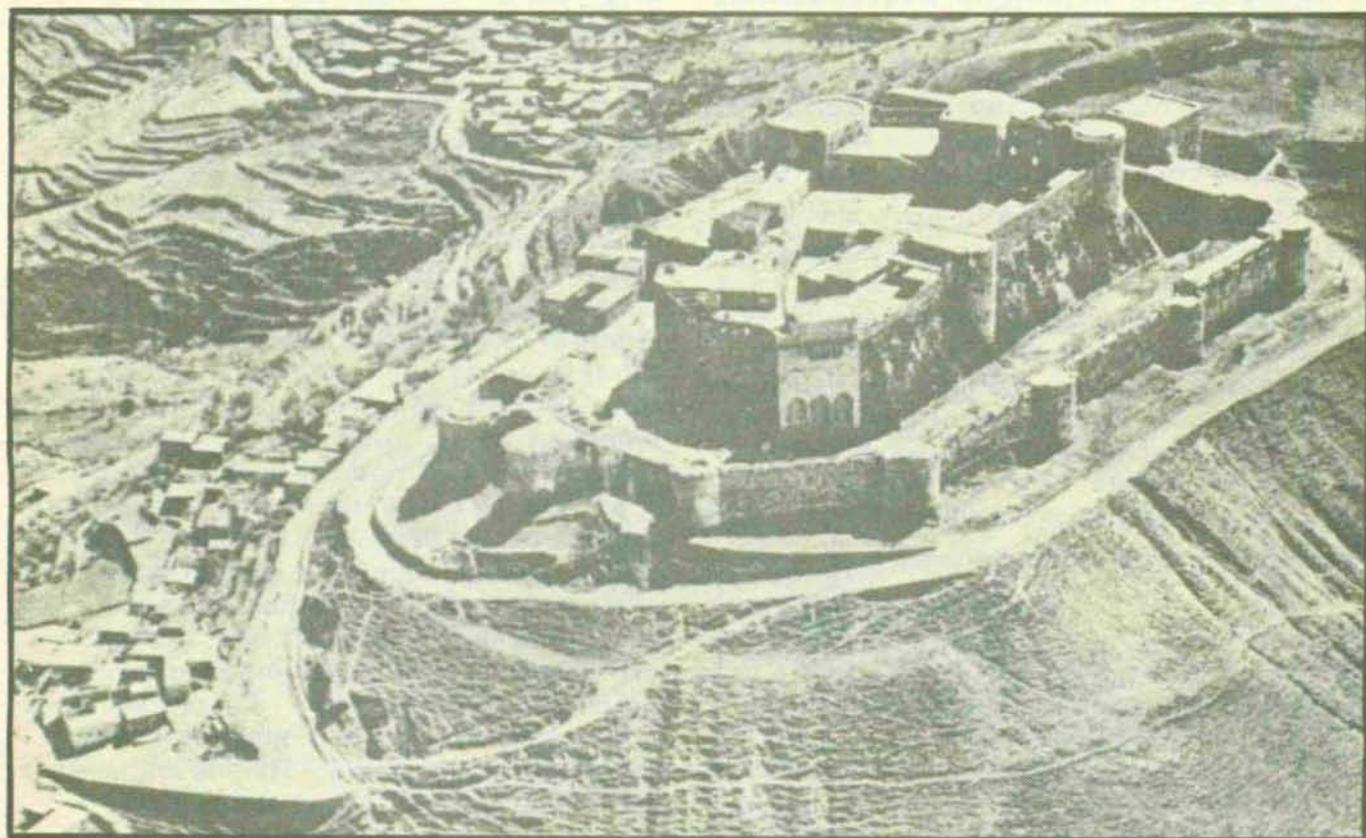
De Roma, además de alguna reliquia de más o menos valor que podía comprar, el peregrino solía llevarse medallas de Santa Verónica.

La tercera gran peregrinación medieval, «la» peregrinación por antonomasia, la que hacían los «peregrinos», Santiago de Compostela en Galicia, no empezó tan tempranamente como las anteriores. Los orígenes mismos del culto al cuerpo de Santiago el Mayor —otro apóstol— y el «descubrimiento» de su tumba siguen siendo oscuros, en gran parte incluso legendarios. En la compilación conservada en la catedral de Santiago, titulada «Liber Sancti Jacobi» o «Codex Calixtinus», uno de los cinco libros que la componen, atribuido al pseudo-Turpin, cuenta la leyenda de Carlomagno, primer peregrino y descubridor de la tumba del apóstol a raíz de una visión en el transcurso

de un sueño. Otros documentos atribuyen el descubrimiento a un monje llamado Pelagio. La aparición del culto en Santiago de Compostela parece fecharse hacia los años 800, pero no empezó a desarrollarse hasta los primeros años del siglo X. El nombre mismo de «Compostela», si no procede de la famosa etimología legendaria de «Campus Stellae» o campo de estrellas, proviene más seguramente de «compostum», cementerio.

Tras las últimas incursiones de los moros a finales del siglo X que culminaron con el saqueo e incendio de la iglesia en 997, el peregrinaje al santuario jacobeo se convirtió en el más importante —quizás por ser el más asequible— del mundo cristiano. En el siglo XII, hacia 1130-1140, apareció la famosa «Guía del Peregrino a Santiago de Compostela», dividida en once capítulos, verdadera guía turística del peregrino que puede así prever el número de etapas que le separan de su objetivo, conocer los santuarios que se deben visitar a lo largo del camino, evitar el agua de ciertos ríos o beber de otros, y hasta saber las dimensiones de la tumba del apóstol en caso de querer llevarle en ofrenda un cobertor...

La afluencia de peregrinos en el siglo XII provocó el desarrollo de una fantástica organización de construcción y mantenimiento



El llamado «Krak de los caballeros» fue edificado por los cruzados en el siglo XII en el Líbano para defender el reino cristiano de Jerusalén.

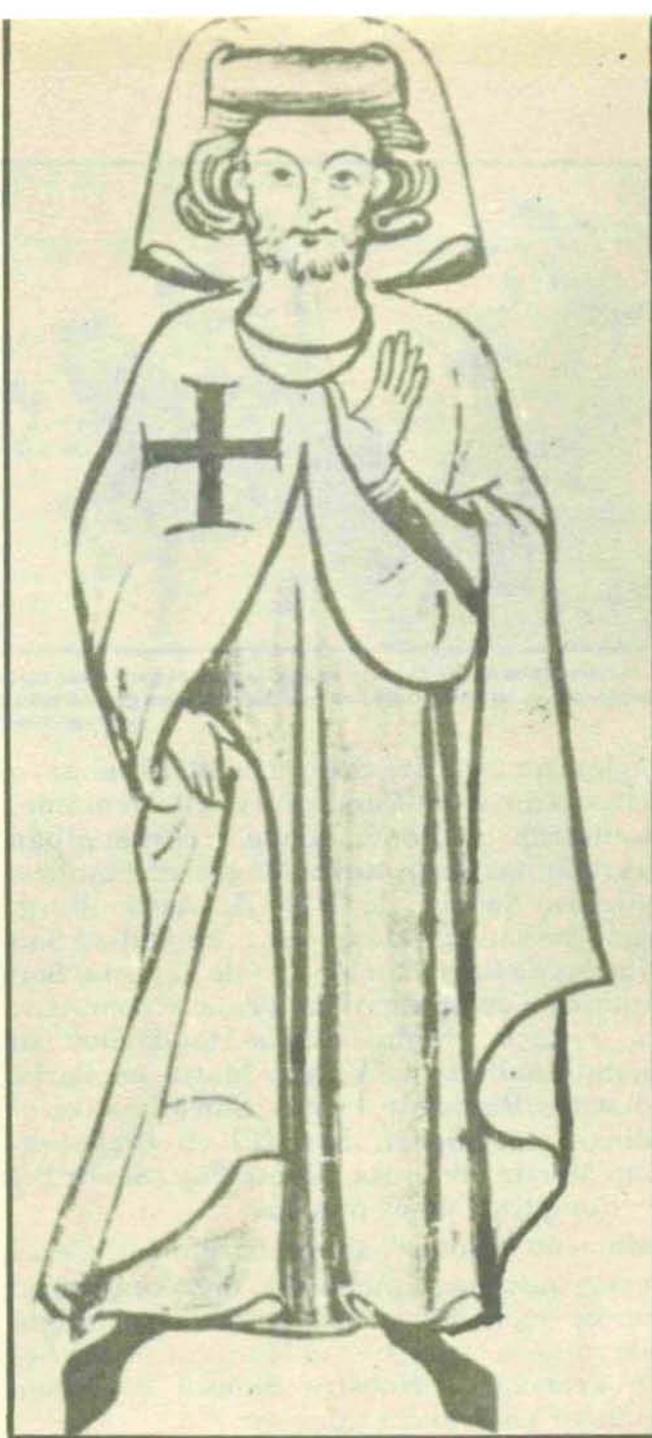
de vías y puentes, edificación de hospitales, medidas de seguridad y de «orden público». Es inútil insistir sobre el famoso auge comercial que experimentaron por el mismo motivo las ciudades y villas que jalonaban el Camino. No insistiremos tampoco sobre las cuatro rutas francesas del Camino —muy conocidas—, que se reunían en Puente la Reina para dirigirse hacia el Oeste, cruzando Logroño, Burgos, Sahagún y León. Al llegar a unas millas de Santiago, los peregrinos, llegados de todo el mundo cristiano, se detenían cerca de un río y procedían a sus abluciones, en señal de purificación, antes de presentarse ante el apóstol; el autor de la Guía del Peregrino menciona el lugar que llama Lavamentula (o sea: lava-pene) y añade, para mayor precisión: «...Lavamentula dicitur, idcirco quia in eo gens Gallica peregrina ad Sanctum Jacobum tendens, non solum mentulas suas verum etiam totius corporis sordes, apostoli amore lavari solet, vestimentis suis expoliata...» (1).

A Santiago de Compostela acudieron peregrinos hasta de la India. Uno de los más famosos es sin duda San Francisco de Asís que efectuó la peregrinación hacia los años 1213-1215, y, a su paso, fundó los primeros monasterios franciscanos de la Península. En el siglo XV, muchos tomaron el pretexto de una visita a la tumba del apóstol para realizar un viaje que tenía más aspectos turísticos o de estudio que de devoción.

De Santiago de Compostela, los peregrinos solían llevarse conchas: sea naturales y a veces recogidas en las playas, sea de metal más o menos valioso que se vendían en multitud de tenderetes y puestos alrededor de la catedral. En 1506, Antoine de Lalaing escribe a este respecto que en León «... la mina de azabache está relativamente cercana: por ello sacan mucho dinero de los paternosters y santiagos que allí se hacen, la mayoría de los cuales compran los peregrinos en Santiago...».

Si Jerusalén, Roma o Santiago de Galicia eran los santuarios con los cuales soñaban todos los peregrinos, existía sin embargo una multitud de santuarios «secundarios» o de «segunda fila» que atrajeron también a numerosos caminantes. Algunos de ellos eran reputados por su gran cantidad de milagros en casos desesperados; otros contenían reliquias particulares y habían sido el escena-

(1) Este lugar se llamó igualmente «Lava colla», cuyo significado viene a ser lo mismo; se trata de Labacolla en la actual provincia de La Coruña.



Templarios y Hospitalarios se dedicaban a organizar los viajes de los peregrinos, proporcionándoles una protección militar y una red de albergues y hospitales.

rio de un martirio cuyos pormenores se contaban con mucho detalle. A partir del siglo XII esencialmente, con el «invento» del culto a la Virgen María por San Bernardo, aparecieron varios centros de peregrinajes dedicados a la Madre de Dios. Cada país, cada región tuvieron así sus lugares más o menos santificados, capaces en algún momento de captar a una masa de peregrinos: enfermos a la busca de curación, creyentes a la espera de algún milagro, penitentes condenados a una peregrinación, etc. No les vamos a mencionar todos; muchos de ellos siguen siendo lugares de concentraciones religiosas hoy en día. Basta mencionar, para España, los monasterios de Montserrat y de Guadalupe, ambos dedicados a la Virgen; en



Los peregrinos solían ser bien acogidos a su llegada a las ciudades del camino y se les encargaba rezar al Santo o a Cristo cuando llegasen a su término. Pronto se mezclaron a esos grupos todo tipo de malhechores, ladrones y rufianes, y la desconfianza hacia los «peregrinos» fue aumentando.

Inglaterra, Nuestra Señora de Walsingham o Santo Tomás en Canterbury; en Alemania, Aquisgrán, o Colonia, donde se conservaban las reliquias de los Reyes Magos; en Flandes, Nuestra Señora de Hal, de Aardenburg, Sant-Servais en Maastricht; en Italia, San Nicolás de Bari, San Marcos de Venecia, San Ambrosio en Milán o San Francisco en Asís; en Francia, Santa María-Magdalena en Saint-Maximin, la Virgen María en París, Chartres, Boulogne, Le Puy, San Miguel en el Mont-Saint-Michel, San Gil en Provenza, San Martín en Tours, Sainte Foy (Santa Fe) en Conques y otros muchos.

Conviene destacar, sin embargo, entre esas peregrinaciones «menores», unos centros de mayor importancia: San Miguel en el Monte Gargano en Italia, o en el Mont-Saint-Michel en Francia, y Nuestra Señora de Rocamadour en Francia también.

La edificación de un santuario dedicado a San Miguel en el Monte Gargano en los siglos V o VI se debe, según la leyenda, a una serie de apariciones que hubiera efectuado el arcángel a un obispo local. Según la arqueología, el culto a San Miguel sustituyó a un anterior culto pagano en ese mismo monte, provisto a la vez de una caverna y de un manantial de aguas curativas; a estos elementos favorables para la instauración de un lugar de culto se añadió una huella del pie del arcángel... La peregrinación conoció una gran boga en los siglos VII a X, y numerosos «palmeros» o «romeros» señalan el Monte Gargano como uno de los santuarios que visitaron. En el siglo XI, época quizás de su mayor auge, San Miguel fue convertido en protector del emperador Enrique II, y fue utilizado por el papa León IX como símbolo e ideal de la reforma religiosa y de la «cru-

zada» contra los Normandos establecidos en el Sur de Italia. A partir del siglo XII, el culto al arcángel en el Monte Gargano empezó a declinar, ante la competencia victoriosa del culto a San Miguel en Normandía. Culto que, en su origen, se debe a las mismas circunstancias que las de Italia: unas visiones, una caverna en un monte, un toro indicando el lugar, lo que demuestra las analogías existentes en el culto al arcángel en Occidente.

Otro santuario afamado, frecuentemente elegido por las ciudades de los Países Bajos como lugar de penitencia, Rocamadour, se encuentra en el Macizo Central francés, aproximadamente en la latitud de Burdeos. Mencionado ya como lugar de peregrinaje en el siglo XI, Rocamadour no empezó a desarrollarse hasta el siglo XII cuando se descubrió, en la roca, el cuerpo de un ermitaño; cuerpo que fue atribuido primeramente a algún «servidor» de la Virgen, y luego a Zaqueo, el publicano. La situación del santuario, no muy lejos de una de las vías que conducían a Santiago de Compostela, la «via podensis» —que salía de la ciudad de Le Puy—, favoreció indudablemente su creciente importancia. A partir del siglo XIII, los reyes de Francia acostumbraron hacer una o más peregrinaciones a Nuestra Señora de Rocamadour que, entre los numerosos peregrinos franceses, flamencos, alemanes, italianos y españoles, recibió igualmente la visita de Santo Domingo en 1219.

Hemos advertido ya el número de peregrinos que, por un motivo u otro, emprendían algún día el camino hacia un santuario cualquiera, cercano o lejano. Cabe preguntarse entonces quiénes son esos peregrinos o esos viajantes que visten el hábito de peregrino, que abun-

dan por los caminos y las vías marítimas, particularmente durante las primaveras. El estudio de los relatos de viajes por algunos de ellos o de las Recopilaciones de Milagros procedentes de los santuarios pone de relieve la inmensa variedad de estos peregrinos. Hay ricos y pobres, mercaderes o mendigos, señores y campesinos, hombres, mujeres y hasta niños.

Hasta el siglo IX aproximadamente, la mayor parte de los que «peregrinan» suelen componerse de clérigos, y en particular monjes. En los viajes que éstos realizan se nota todavía la influencia del ideal eremítico o misionero de las épocas anteriores. Pero no todos los que dejan sus iglesias o monasterios para recorrer los caminos están animados por el deseo de evangelizar a los «bárbaros» o el de terminar sus días cerca de algún lugar «santo». Los concilios multiplicaron —en vano— las advertencias y condenas a esos giróvagos. Las peregrinaciones de clérigos perduraron durante la Edad Media y santos como San Francisco de Asís o Santo Domingo de Guzmán siguieron esa tradición. A pesar de los intentos, por parte de las autoridades eclesiásticas, de fijar la residencia de los miembros del clero, hasta los monjes y monjas de clausura realizaron sus viajes de peregrinaje.

Los «Grandes» tampoco desdeñan las peregrinaciones, aunque suelen hacerlas de forma más ostentatoria y con cierto séquito y comodidad. Sin volver a mencionar la participación del emperador y de los reyes cristianos a las Cruzadas, destacan las peregrinaciones efectuadas por los emperadores germánicos a Roma y a Colonia, las de los soberanos de Francia a Saint-Denis, Saint-Martin o Rocamadour, las de los reyes de Inglaterra a Walsingham o Canterbury (no olvidemos que los famosos «Cuentos de Canterbury» de Chaucer son las historias que se cuentan unos peregrinos reunidos en la catedral), o la protección especial otorgada por los monarcas castellanos al santuario de Santiago de Compostela.

Sin embargo, la masa de los peregrinos no la forman los obispos o los señores, sino lo que se suele llamar «el pueblo». Y más bien el «pueblo bajo» antes que los ricos negociantes o acaudalados artesanos de las mayores ciudades. Resulta ahí muy difícil definir la línea de partición entre los vagabundos y mendigos errantes, atraídos por la esperanza de algunas limosnas o algún milagro, y los verdaderos «peregrinos». Las ordenanzas de

policía de los siglos XIV y XV intentan atacar a ese problema de los «falsos peregrinos», pero con poco éxito. Los pobres y marginados, los enfermos, los que quieren escapar a alguna recaudación de impuestos o a los guardias y alguaciles, se mezclan con los peregrinos animados, a su vez, por la fe, la curiosidad, el cumplimiento de alguna pena, y los que efectúan el viaje por cuenta de otros.

Los privilegios que proporcionaba el hábito de peregrino a los que lo llevaban hicieron que numerosos ladrones o criminales se disfrazaran de peregrinos. En francés, uno de los insultos que aparecen en las obras teatrales del bajo medievo es «coquin» (pícaro), que procede de «coquille» = concha, la que llevaban los peregrinos, verdaderos o falsos. En Francia también fue desarticulada a mediados del siglo XV una famosa red de criminales, ladrones y bandidos de todos tipos que se llamaba los «Coquillards» o Compañeros de la «Coquille», y circulaba por todo el reino bajo el hábito de los peregrinos jacobeos; su lenguaje particular es el origen del moderno «argot». Existen muchos más ejemplos de la desviación del ideal y hábito del peregrino a finales de la época medieval hacia fines a veces criminales, generalmente ilegales.

Otro caso curioso es el de los gitanos. Los zingaros aparecieron en Europa occidental tras un largo viaje que les condujo hacia el Oeste desde la India, a principios del si-



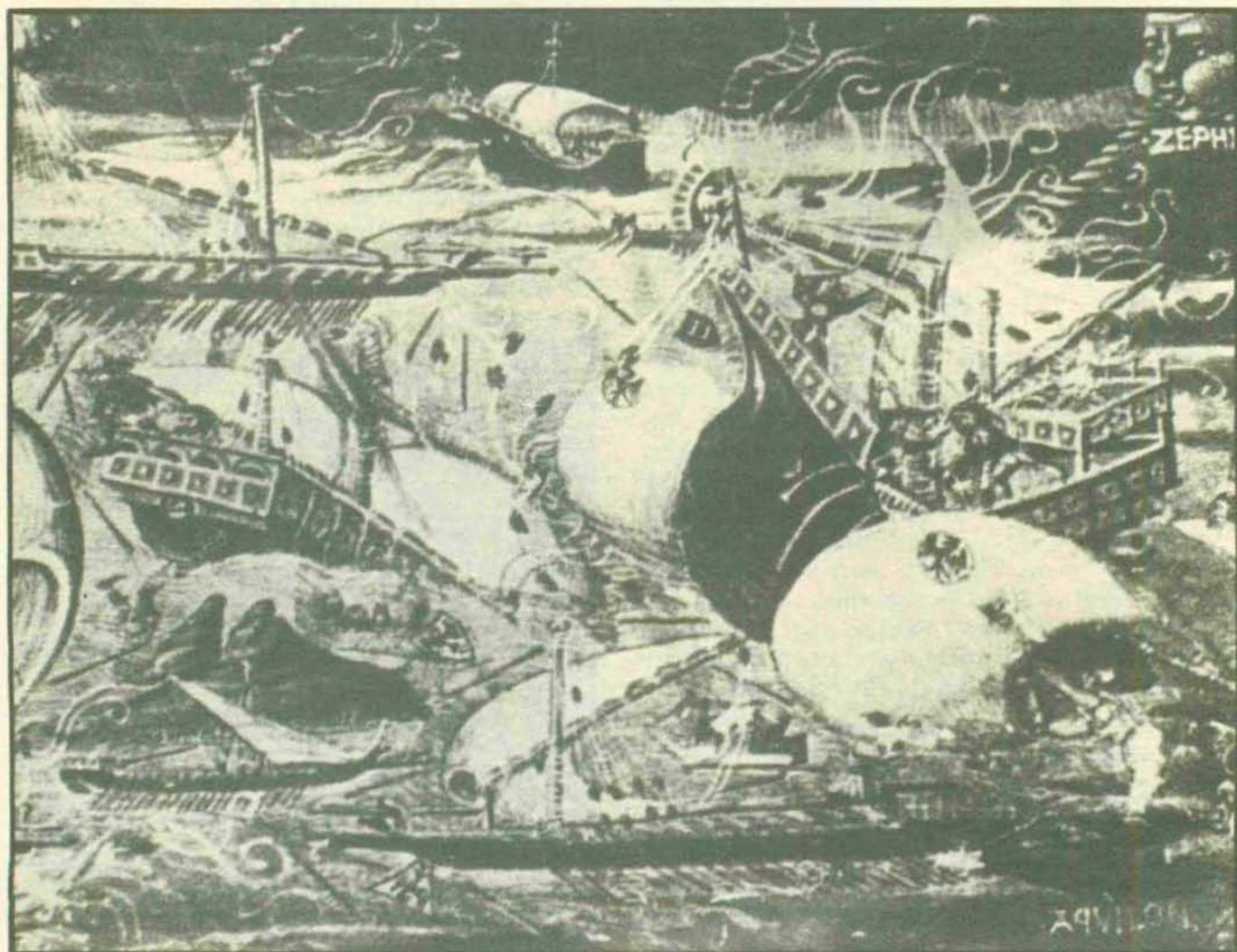
Santiago, cuya tumba fue «milagrosamente» hallada en torno al año mil, fue sin duda el objeto de mayor fervor de parte de los peregrinos occidentales que acudían a su santuario.

glo XV. La llegada de las primeras tribus, encabezadas por «el duque de Pequeño Egipto» o el «conde de Egipto» despertó una gran curiosidad en todas las ciudades, que les acogieron como a huéspedes de marca. Para poder, sin embargo, proseguir sin incidentes su vida errante, los gitanos se valieron a menudo de los privilegios de los peregrinos. En 1422 realizaron efectivamente una peregrinación a Roma para ver al Papa, peregrinación que no consta en los archivos del Vaticano pero a raíz de la cual exhibieron bulas y privilegios durante casi un siglo: decían efectuar una peregrinación «por el mundo» en expiación de un delito grave...

Entre los que viajan bajo el hábito de peregrino, romero o palmero se encuentran no pocas mujeres. Recordemos el viaje de la monja Egeria a Jerusalén en el Alto Medievo. La Iglesia empezó a preocuparse tempranamente de lo que ella consideraba un problema y una ocasión de perderse —y a los demás— más que salvarse. En el año 791, el concilio de Fréjus prohibió a las mujeres

las peregrinaciones. La prohibición no surtió un gran efecto, aunque, en 1188, Santa Hildegonda tuvo que disfrazarse de varón para poder visitar la Tierra Santa. Uno de los motivos alegados por las autoridades eclesásticas era el gran número de mujeres que, tras efectuar su peregrinaje, se instalaban como prostitutas, en la misma Roma o Santiago u otra ciudad, o en su propia ciudad natal a la vuelta del viaje. Este hecho, conocido y atestiguado ya en el siglo VIII, debe ser relacionado con un curiosísimo texto acerca de la creación por el papa Inocencio III, a principios del siglo XIII, de un hospital para acoger peregrinos y peregrinas:

«Año 1201. Estando el doctísimo Papa Inocencio III en oración, oyó una voz que le dijo fuese a pescar al Tyber. Y aviéndolo comunicado con los cardenales, le puso en ejecución; y la pesca que halló fue primeramente 87 niños, y después 340, que sus impías madres avían arrojado a las corrientes de aquel río por no padecer la mortificación de criarlos. Con este exemplar, de-



Los viajes, aunque cuidadosa y minuciosamente preparados u organizados, no dejaban, sin embargo, de presentar una serie de peligros, como el naufragio en el camino a Jerusalén...



...O los malos encuentros que se multiplicaron a raíz de las hambres, epidemias y guerras incesantes de los siglos XIV y XV.

terminó providencia para que hubiese cuidado con las mugeres pobres Romanas y peregrinas a fin de que no malograsen sus partos de aquel modo tan ageno de la humanidad, de la piedad, y de sus obligaciones naturales. Estableció pues una gran casa ospital y puso en ella hombres zelosos que cuidasen de recoger allí peregrinos, pobres, enfermos e infantes y los hiciesen asistir, alimentar, criar y educar. Y, ya establecido, lo confirmó dándoles muchos privilegios y gracias por su bula de 19 de junio año 1204» (2).

Este estudio, aunque breve, sería incompleto si no mencionáramos las peregrinaciones de niños. La primera de éstas aparece al mismo tiempo que el llamamiento a la primera Cruzada y la salida a ella de los pobres bajo el mando de Pedro el Ermitaño. Dichas peregrinaciones de niños se hicieron más frecuentes en los siglos XIV y XV. Los grupos de niños—de edades comprendidas entre los 10 y los 15 años—alcanzaron cifras de un millar o incluso más; procedían de Francia, Alemania, Suiza, Países Bajos, etc., y no dudaban en recorrer—solos—grandes distancias, incluso en invierno, para llegar a un santuario; éste solía ser el del Mont-Saint-Michel en Normandía, San Miguel, siendo considerado como patrón y protector de los jóvenes en la Baja Edad Media, papel anteriormente desempeñado por San Nicolás. Algunos de esos niños eran pastores, lo que explica su independencia y movilidad geográfica. Los demás, cuyo origen se desconoce en gran parte, eran quizás niños abandonados, huérfanos o víctimas de las guerras endémicas que asolaron la Europa bajo medieval.

(2) D. Rafael FLORANES «Inscripciones de Valladolid», siglo XVIII, Biblioteca Nacional, Madrid, Mss. 11.246.

Palmeros, romeros o peregrinos; caminantes por devoción, interés o penitencia; hombres, mujeres, niños; el mundo de los peregrinos medievales ofrece múltiples facetas y variedad infinita. Las peregrinaciones, por su parte, ocupan un lugar privilegiado en el estudio de la sociedad medieval europea por sus consecuencias políticas, culturales, artísticas y económicas. Significaron, a lo largo de más de diez siglos, una continua mezcla de gente, ideas, técnicas, etc. Por medio de los que peregrinaban, se difundieron tanto las herejías como las novedades «ortodoxas» de la religión; se establecieron contactos económicos, culturales y personales entre Oriente y Occidente; viajaron las técnicas y los modelos arquitecturales y los maestros; se originó una gran curiosidad por los países lejanos y sus costumbres; se transmitieron las noticias de las guerras y de las sublevaciones populares. A partir del siglo XVI, con la creación de los «Estados nacionales», se produjo un encierro, un aislamiento de la población de cada «nación» y se iniciaron las culturas «nacionales», cada vez más diferenciadas. El Medievo no concibió la noción de «frontera» sino en sus dos últimos siglos, el XIV y el XV. La cultura medieval es esencialmente europea, «universal», según los esquemas de la época. La cultura, la ciencia, el arte no tienen fronteras: un Santo Tomás de Aquino enseña en la Sorbona de París, Petrarca escribe sus poemas en Aviñón, el arte románico y luego el gótico cubren toda Europa... Es en medio de ese gran movimiento general de transmisión de ideas y técnicas donde conviene colocar a los peregrinos, falsos o auténticos, que, por su recorrido incesante de los caminos del mundo conocido, sirvieron de vehículo y mediadores insustituibles. ■ A. R.